

---

## NOVENO SERMON.

---

Estado actual del Catolicismo en la sociedad; necesidad de volver á él para la felicidad de los pueblos

*¿Ubi est ille?.... Si quis sitit,  
veniat ad me, et bibat.*

(Joann. VII, 11, 37.)

**H**oy es, Señores, el último día que se me concede para hablar de lo que me propuse haceros ver durante estas piadosas y magníficas funciones. Siendo el último día, es preciso presentaros la idea final, no porque la materia se agote, sino porque lo exige el término de estos santos ejercicios. La materia es inagotable, porque es Jesucristo, es su Religión, es su Iglesia en su poderosa influencia sobre el individuo y sobre la sociedad; y el Catolicismo, ha dicho con admirable exactitud un ilustre publicista, es un sistema completo de civilización, tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. La humanidad entera ha cursado durante diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores, y al cabo de tanto aprender, hoy día es, y todavía no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia (1). Yo no he hecho sino desenvolver el

---

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el Catolicismo*, lib. I, cap. 2.

plan general sin descender á los detalles: fuera preciso largo tiempo y mayores facultades que las mías para tan grandioso trabajo.

Antes, sin embargo, de concluir, debo ocuparme de un punto interesantísimo, que debiera haber entrado en mi discurso anterior, y su difusión me obligó á reservar para hoy. Después de haber estudiado al hombre según salió de las manos del Criador, y según por el pecado se hizo él á sí mismo; después de verle regenerado por Jesucristo, y de considerar el sublime término á que la Religión le conduce; después, en fin, de examinar la obra del Catolicismo en la sociedad, y el cambio que en ella produjera su divina influencia, ocurre naturalmente estudiar el estado actual del mismo. Este estudio da un resultado en verdad poco halagüeño, y en demasía desconsolador; pero es preciso hacerlo: él nos descubrirá las llagas de la sociedad moderna, y haciéndonos conocer su origen, nos mostrará el remedio y la necesidad de su aplicación. «Estado actual del Catolicismo; necesidad que tienen el individuo y la sociedad de volver sinceramente á él para encontrar el remedio de sus males, y perpetuar en él la paz y la felicidad.» Ved la idea que va á servir de término á mis discursos.

### PRIMERA PARTE.

---

Creo inútil advertir, Señores, que al hablar del estado actual del Catolicismo, no versa la cuestión sobre su constitución intrínseca. Sois católicos como yo, y sabéis que el Catolicismo es inmutable. Hoy es el mismo que era hace diez y ocho siglos; el mismo que será hasta

el fin de los tiempos. Para mudarse debiera cambiar la naturaleza de Dios y la del hombre, y esto no será jamás. El Catolicismo es Jesucristo, y su palabra y su acción perpetuada sobre la tierra; y Jesucristo, dice San Pablo, es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Todo envejece, todo pasará y se mudará, le dice el Profeta, pero tú serás siempre el mismo; tus años no menguarán (2). Jesucristo mismo dijo de su doctrina: el cielo y la tierra pasarán, pero no mis palabras (3). Estas palabras son de vida eterna (4); son de verdad, y la verdad es eterna como Dios; son la ley de la virtud, y la virtud es el bien, eterno como la bondad infinita. Jesucristo ha dicho también hablando de su Iglesia, fundada sobre Pedro y sus sucesores: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (5), porque yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo.» (6)

Y notad de paso, hermanos míos, que esta inmutabilidad del Catolicismo es una prueba evidente de su perfección intrínseca, y de la divinidad de su origen y de su doctrina. Lo que es mudable, se manifiesta imperfecto en sí, é impotente para llegar á su fin. Lo mudable no es esencial, es transitorio; lleva en sí el sello de la debilidad y de la volubilidad humana. Ningun sistema, ninguna obra del hombre está exenta de este defecto. Nacen, crecen, se desarrollan, envejecen y mueren como su autor. Lo que no muere es obra de Dios, y el Catoli-

(1) Hebr. XIII, 8.

(2) Id. I, 11, 12.

(3) Matth. XXIV, 35.

(4) Joann. VI, 69.

(5) Matth. XVI, 18.

(6) Id. XXVIII, 20.

cismo no muere. Más de diez y ocho siglos hace que se ve combatido por la fuerza, por el sofisma y por la corrupción, y hoy es tan fuerte como el primer día. En ese tiempo han cambiado todas las cosas; unas generaciones han pasado, y otras han ocupado su lugar; unos pueblos han llenado el hueco que dejaron otros pueblos; las formas de gobierno, los sistemas que pretenden explicar los misterios de la naturaleza, y desarrollar las ciencias físicas, y presidir al adelanto de las artes y la industria, nada ha podido resistir á la acción del tiempo: la Iglesia Católica no ha borrado un dogma de su Credo, ni un precepto de su ley, ni un artículo de su constitución. Es que no lo ha necesitado, ni lo necesita: con lo que es y ha sido siempre, lo explica todo, lo vivifica todo, y todo lo dirige sabia y fácilmente á su noble fin. En vano se le han pedido transacciones y alteraciones: bien las haya pedido el poder del César, bien la ciencia del filósofo, bien la corrupción de las masas, la Iglesia ha contestado siempre: «La verdad no transige, la virtud no se altera.» El hombre que en su orgullo quisiera poner algo suyo en esa grande obra, lo ha intentado mil veces, pero inútilmente: al instante ha sido arrojado de la Iglesia, dice Lacordaire, aunque haya sido el más elocuente de los escritores, como Tertuliano, ó el más elevado de los Obispos, como Nestorio, ó el más poderoso de los emperadores, como Constancio y Valente. Encontrad, si podeis, un hombre á quien la púrpura, ó el génio, ó el renombre de santidad haya servido de escudo contra los anatemas de la Iglesia, cuando ha osado rasgar con la herejía la inconsútil túnica de Cristo (1). La inmutabilidad es la raíz sagrada de la unidad, y esta

(1) Lacordaire, *Conferencia 29.*

es el secreto de la fuerza católica, es su corona, el hecho que el hombre no explica ni destruye. Tome el mundo el partido que quiera, ni la vida, ni la muerte se lo robarán al Catolicismo (1).

La cuestion del estado actual de este se refiere al exterior, á la sociedad, al aprecio que hace el mundo de la Iglesia, á quien lo debe todo. Entremos en el exámen de la cuestion, valiéndonos de la idea que nos suministra un hecho evangélico.

Entre las fiestas que celebraban los judíos, era una de las más solemnes la llamada de los Tabernáculos, en la que hacian memoria de la série de beneficios que habian recibido de Dios desde la salida de Egipto hasta su entrada en la tierra de promision. Jesucristo, que se presentaba públicamente en Jerusalem y en el templo en todas las solemnidades, cuando llegó esta, dice San Juan, lo hizo casi ocultamente, como de incógnito. Los judíos, acostumbrados á verle en semejantes ocasiones, se preguntaban unos á otros: ¿dónde está aquel? y habia murmullo, y se cuestionaba sobre él y sobre su doctrina (2). Todos los hechos evangélicos se reproducen en la historia del Catolicismo, perpetuacion de Cristo sobre la tierra, y este se reproduce ahora como el que más.

La sociedad, el mundo, que de la esclavitud y la barbarie ha pasado á la libertad y á la civilizacion bajo la egida del Catolicismo, iniciador del movimiento de regeneracion, y consumidor de la grande obra, celebra tambien con orgulloso aparato la fiesta de sus progresos, desenvuelve el cuadro deslumbrador de sus adelantos, publica con cien trompetas sus conquistas, é inventa cada dia nuevos medios de hacer ruidoso alarde de las

(1) Lacordaire, *Conferencia* 29.

(2) Joann. VII, II.

riquezas de su decantada civilizacion. A todos se convida para que se envanezcan de sus obras y recojan sus frutos, y reciban un título de honor; á la filosofía, á la ciencia, á las artes, á la industria, al comercio. ¿Y á la Religion? ¿Y al Catolicismo? ¡Ah, no! á él no se le convida, se prescinde de él, ó se le imponen condiciones que de ningun modo puede admitir: las de consentir en que se le tenga por institucion puramente humana, y de acomodarse á las exigencias de la filosofía moderna, de la política y de las pasiones; así como los parientes de Jesucristo segun la carne, no creyendo en su divinidad, le instaban á que subiese á la fiesta públicamente, y á que obrase en términos que atrayendo la gloria de los hombres, les diera á ellos mismos motivo para envanecerse al par de él (1). Ahora tambien, como entonces, se pregunta: ¿Dónde está aquel? Unos porque le creen vencido y desterrado de la sociedad; otros porque anhelan descubrirle para más y más conocerle, otros, en fin, porque quisieran abatirle, acabar con él como en aquella fiesta querian los Fariseos acabar con Jesucristo (2): y se habla, y se discute sobre su origen, sobre su mision, sobre su influencia y sobre su porvenir.

¿Dónde está, pues, el Catolicismo? ¿Qué lugar se le ha señalado? ¿Qué consideracion merece á la sociedad moderna? *¿Ubi est ille?* Al hacer esta pregunta, Señores, yo tiendo una mirada por el mundo; entro en las academias de los que se llaman sábios, y en los gabinetes de los que tocan con su mano los resortes de las naciones; pregunto á las artes y á la literatura, desciendo al seno de la sociedad doméstica; me introduzco en todas las

(1) Joann. VII, 3, 4.

(2) Id. id. I, 20, 32.

partes del gran cuerpo social, y no aparece á mi vista. Existe, sí existe, y presencia el banquete de la sociedad: veo en ella rasgos que me indican su influencia; pero no se descubre claramente. Está en el fondo, está casi oculto, como Jesucristo en el templo de Jerusalem. Oye que se disputa sin cesar sobre él, que hay una lucha continua entre los que le reconocen bueno, y los que le desprecian y le insultan, y permanece tranquilo como allá Jesucristo, afianzado en su carácter y en su poder divino.

La suerte del Catolicismo es siempre la misma de Jesucristo. Como éste, hace su tránsito derramando bienes, y como éste, recoje en premio la traicion, el insulto, el desprecio, la sentencia que le condena. Mientras la humanidad se ha reconocido enferma en su inteligencia, en su corazon y en sus intereses, le ha buscado, le ha pedido con instancia la salud: cuando ha creído haberla alcanzado, le desprecia, le desconoce y se aparta de él. Así obraron los diez leprosos que á voces le pidieron la salud, y á quienes curára Jesucristo subiendo á la fiesta de los Tabernáculos. Uno solo volvió para dar gloria á Dios, reconocido al beneficio; los nueve olvidaron al bienhechor, tan luego como recibieron la salud (1). ¿Es que la sociedad, que ha necesitado de la Religion para elevarse á la altura de la civilizacion, no la necesita para conservarse en ella? «Es un hecho pasado, se dice: ya no nos hace falta; las luces, los adelantos del siglo la hacen, cuando menos, inútil. El Catolicismo se queda atrás, nosotros pasamos adelante.» ¡Desgraciada sociedad, que te alejas del foco de la luz y de la vida! Tu suerte será la de la Sinagoga, que repudió á Jesucristo:

(1) Luc. XVII, 18.

*Ecce relinquetur domus vestra deserta* (1). Caerás piedra sobre piedra, pavorosas ruinas cubrirán tu suelo: como Babilonia destruida, serás la morada de las fieras y dragones (2), y ahullido que espanta, dirá sin cesar al caminante: hé aquí la obra del hombre; hé aquí la sociedad que no puso en Dios su ayuda, y confió tan solo en sus riquezas y en su vano poderío (3).

Descendamos, hermanos, al exámen más detenido de este estado del Catolicismo. Este exámen nos descubrirá el pago que le da el mundo. La filosofía, que al Catolicismo debe, segun la confesion de los mismos enemigos, el haber roto la cadena que la sujetaba á la tierra y no le permitia levantarse á la region del Infinito (4), la filosofía, que el Catolicismo encontró envuelta en los pañales de la infancia, y ha llevado á la perfeccion de la edad madura, desprecia ahora á la Religion, quiere sobreponerse á ella, pretende que se someta á recibir sus inspiraciones, y que se acomode á sus especulaciones. ¿No la vemos empeñada en someterlo todo á la razon y á los sentidos, y en negar la fe á cuanto no abarca en sus estrechos límites? ¿No la vemos negar el órden sobrenatural, porque no puede medirlo con su regla y su compás? ¿Qué es Jesucristo, Señores, qué es su historia? Preguntad á la Alemania filosófica y á los que siguen en nuestra pátria sus doctrinas. Jesucristo no ha existido, os dirán unos; su historia es un mito, es un ente ficticio, es una personificacion de la humanidad. Es un gran filósofo, os dirán otros, pero no un Dios (5).

(1) Matt. XXIII, 38.

(2) Jerem. LI, 37.

(3) Psalm. LI, 9.

(4) Voltaire, *Razon del Cristianismo*.

(5) Vide Perrone, *Tract. de Incarnat.*, p. 2, c. 1.

Es, os dirá unas veces el impío Renan, á quien hacen coro cien y cien voces de pretendidos filósofos, para quienes todo es axioma y certidumbre, con tal que sea contrario á la Religion Católica, es la originalidad más sublime y la conciencia más excelsa que jamás se haya revelado ni haya de revelarse en la humana naturaleza; el iniciador de la religion universal del género humano, que con razon le ha tenido por Dios (1): y otras veces, contradiciéndose groseramente, y acompañado en su contradiccion de los que celebran su obra, os dirá que es un pobre lugareño, ignorante de todo género de cultura griega y romana, extraño á las condiciones de la sociedad en que vivia, y que no tenia nocion alguna de su propia individualidad, ni de la existencia de una alma separada del cuerpo (2).

Preguntadles de Dios: os dirán, ó que no hay Dios, ó que si lo hay es un sér aislado, que no se cuida de nosotros, ó un sér á quien el hombre puede sujetar á su razon, ó una creacion ideal del hombre, ó en fin, que Dios es el mismo mundo. Es decir, os llevarán al ateísmo, al panteísmo, tal vez á la idolatría, diciéndoos con el impío antes citado, que el solo culto razonable y filosófico para la tierra es el culto del sol (3), y el Dios, por consiguiente, más propio de la tierra, el mismo sol. El hombre para ellos, es un sér puramente material, una bestia perfeccionada, y al mismo tiempo el Dios de la naturaleza, el soberano absoluto de la creacion, con sentimientos á la vez de ángel y de bruto. Lo que la Religion dice de él, es una ficcion hermosa que sirvió en otro tiempo, pero que ahora no merece sino una sonrisa

(1) Renan, *Vida de Jesus*, c. 5.

(2) Id. id., cap. 3.

(3) Id. id., 58.

de desdén. ¿Y la Religion de Jesucristo, la Religion Católica? Es una cadena que esclaviza. El hombre, dicen, es libre, y puede hacer de sí mismo lo que le acomode, sin temor de responsabilidad alguna, y adorar á Dios si le place, ó negarle sus homenajes. No debe haber más religion que la voluntad del hombre, su razon y sus pasiones. Yo no exajero, Señores, las ideas disolventes de la llamada filosofía moderna: por desgracia sus libros se enseñan como doctrina aceptable, han invadido todos los pueblos, andan en manos de la juventud, y si la brevedad de un discurso consintiera referiros pasajes de ellos, conoceríais con dolor, sin duda, la exactitud de mis palabras. Leed los escritos de los apologistas de la Religion, y allí lo vereis, y vereis tambien victoriosamente refutadas tan disolventes y pestíferas doctrinas.

Descendamos de las ideas á los hechos, y examinemos el concepto que merecen á los nuevos redentores de la razon y de las pasiones los sublimes preceptos de la moral católica, que practicados durante diez y nueve siglos, han producido esa multitud de héroes y de santos en todos los estados y en todos los pueblos, cuya superioridad nadie se ha atrevido á negar. ¿No se ha dicho, hermanos míos, que la doctrina de esos hombres ha corregido y mejorado la moral de Jesucristo? La caridad se ve desterrada, hasta en su nombre, de los libros y máximas de la impiedad. El egoísmo la sustituye para usurpar sus frutos y engalanarse con sus joyas. Si algo es preciso dar al hombre, lo hará la ley, la donacion forzosa, ó la filantropía, esa donacion interesada y egoísta, esa moneda falsa de la caridad (1). Es mejor dar que recibir, dijo Jesucristo (2); y la Iglesia lo ha repetido

(1) Chateaubriand.

(2) Act. Ap. XX, 35.

siempre, y al eco de esta palabra, el espíritu de abnegación y de sacrificio se apoderó del mundo, y realizó lo que hay de más admirable en todo el orden de las cosas humanas. La humanidad se vió socorrida, el pobre albergado, el enfermo asistido, el pueblo educado en lo que más le conviene saber. La Iglesia era una madre que repartía sus bienes entre sus hijos, y los alimentaba con la leche de la verdad y con el pan de la caridad. La filosofía y la impiedad han dicho: Mejor es tomar que dar, y han tomado, Señores, lo han tomado todo. ¿Para quién? ¿Para el pobre, para el desgraciado, para el pequeño, que son los representantes de Cristo entre los hombres? ¡Ah! la historia del protestantismo, y de la filosofía que de él ha nacido, y de las revoluciones y hechos que son su fruto, dice para quién, y vosotros lo sabeis: yo no necesito decirlo.

La castidad, esa bella flor del Catolicismo, que le dió tantos títulos de honor en todo tiempo, é introdujo la santidad en la familia y la severidad en las costumbres de los pueblos, ¿qué es en las doctrinas modernas, que pretenden para sí la dirección y gobierno del individuo, de la familia y de la sociedad? No se la quiere, hermanos; el libertinaje más desenfrenado debe sustituirsele, y el libertinaje se pasea por el mundo, se introduce en el santuario de la familia, y envenena el corazón del niño y de la doncella. ¿Quién no le encuentra á su paso, y le ve salirle al encuentro en el folletín, en la novela, en el libro, en la escena teatral, en los inmundos partos de la fotografía, envilecida para ser instrumento de prostitución? ¿Quién no ve sus conquistas y sus maléficos resultados, que destierran el candor de la juventud y la degradan; la santidad del matrimonio, y le roban la paz; que entronizan el sensualismo, y con él llevan la gangrena á todas las arterias del cuerpo social? ¡Ah! deten-

gámonos; el cuadro es desgarrador: *¿Ubi est ille?* ¿Dónde está el espíritu de Jesucristo, el Catolicismo, que un día ennobleció el matrimonio, purificó las costumbres, santificó el celibato, coronó la virginidad? *¿Ubi est ille?* Se ha escondido en el claustro. ¿Qué he dicho? Hasta allí le persigue la filosofía de la impiedad, que forma el espíritu del mundo moderno. Ni aun quiere que allí, ocultamente como Jesucristo, asista á la gran fiesta.

Entremos en el orden social. El Catolicismo lo perfeccionó todo en él. Enseñando la verdadera sabiduría, dando á la sociedad su carácter propio, ha suavizado el poder y ennoblecido la obediencia. Con él se vió nacer la verdadera libertad y afirmarse los tronos, que antes eran presa del más astuto ó del más osado, porque el reino de Dios ha sucedido á la dominación del hombre. A él se debe la mayor solidez de la autoridad, y la menor frecuencia de las revoluciones; á él se debe una legislación más noble y benéfica, un derecho político y un derecho de gentes, que nunca la humanidad podrá agradecer bastante. No son palabras mías, Señores, son confesiones de filósofos y de enemigos de la Religión, de Lamennais, de Rousseau, de Montesquieu (1). El Catolicismo con suave influencia lo ordenaba todo: el espíritu de caridad y de sacrificio principiaba en el trono, y extendía sus ramas hasta la cabaña del campesino. ¿Se conserva ese espíritu en las doctrinas modernas? ¿Se agradecen estos beneficios? No, Señores: es preciso, se dice, sacudir el yugo, y para ello se proclama una libertad absurda. Como los judíos, dicen de Jesucristo: *Nolumus hunc regnare super nos* (2). No se quiere el derecho de Dios, y se entroniza el derecho del hombre, que es

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, cap. 36.

(2) Luc. XIX, 14.